



Luis Jaime Cisneros (i.m.)*

440

Carlos Garatea Grau**

Este hijo de Luis Fernán Cisneros y de Esperanza Vizquerra, nació en Lima el 28 de mayo de 1921, falleció el 20 de enero de este 2011. En otra ocasión, he contado que conocí a Luis Jaime a regañadientes. A mis 17 años no figuraba en mis planes visitarlo en su casa de General Borgoño. Poca gracia me hizo los elogios y pergaminos que mencionó mi padre cuando me comunicó la cita. Apostaba a que Cisneros le diera una mano con un hijo que tenía tremendas ganas de descarrilarse. Llegué puntual. Lo esperé en la pequeña biblioteca que tenía en el primer piso. La ansiedad y el silencio me paralizaron hasta el pulso. De pronto, hizo su aparición un flaquito, algo desgarrado, canoso, ligeramente despeinado, de frente pronunciada y de mentón afilado, con unos anteojos de un marrón acaramelado. El conjunto no encajaba en tantos títulos, menos en la imagen que me había construido luego de oír los pergaminos que ostentaba ese señor. Por cierto, de ninguna manera encajaba en ellos que ese flaco supiera de fútbol y del pésimo campeonato local, que hablara con seguridad de Lennon, que fuera amigo de Hubert Lanssier, mi admirado profesor entonces, y que, para colmo, al cabo de un rato, supiera de mí más que yo. Vaya personaje. Hablamos de muchas cosas esa tarde, poco o nada de la Universidad. De regreso, en casa me recibieron: ¿Y, qué tal? ¿Qué dijo Cisneros? ¿Ingresas? Sólo atiné: “¿Te refieres a Luis Jaime?, simpático, buen pata; ah... dijo que ya estoy adentro”. Impuse la calma, por cierto. A los meses ingresé y me encontré con Cisneros como profesor de Lengua 1. Me bastaron unas pocas semanas para desaprobarme la primera práctica calificada con una nota tan pobre que la recibí acompañada de un escueto y directo mensaje: “Quiero hablar contigo. Búscame”. Lo busqué y lo encontré.

Me resulta imposible recordar a Luis Jaime sin pensar en la Universidad. Para él, nuestra universidad fue su casa. No lo digo sin meditarlo; lo hago porque encontró en nuestras aulas el lugar donde echar raíces y abonar el terreno para

* En estas páginas reúno algunos fragmentos de otros textos y notas, escritos y publicados en memoria de Luis Jaime Cisneros.

** Licenciado en Derecho por la Facultad de Derecho de Pontificia Universidad Católica del Perú. Doctor en Lingüística Hispánica por El Colegio de México, becado por la Organización de Estados Americanos. Doctor en Filología Románica por Universidad de Múnich (Alemania), becado por el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD: Deutscher Akademischer Austausch Dienst). Profesor asociado a tiempo completo del Departamento de Humanidades (Especialidad lingüística y literatura) de la PUCP. Coordinador de la especialidad de Lingüística y Literatura en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, PUCP. Miembro del Consejo asesor del Departamento de Humanidades y Miembro del Consejo de la Facultad de Estudios Generales Letras de la misma universidad. Editor responsable de Lexis. Revista de lingüística y literatura de la PUCP. Delegado regional por el Perú en la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL). Vocal en la Junta Directiva de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL) [por elección en Asamblea General, Monterrey, México]. Miembro de la Asociación de Historia de la Lengua Española (AHLE) y de la Asociación de Lingüística y Filología de América Latina (ALFAL). Actualmente, también, Director de la Dirección Académica de Planeamiento y Evaluación de la PUCP.

mejorar la cosecha. Aquí se quedó. Sus palabras, roncadas y tiernas, de unos meses atrás no hicieron sino anunciar su permanencia: "... no me voy de la PUCP. En todas las esquinas estoy. Desde todas ellas observo, aplaudo y protesto". Lo oímos emocionados, pero sin sorpresa. A esta casa dedicó su vida. Intervino en su construcción, en amueblarla y en darle la orientación de un centro de educación superior que merece llamarse Universidad. Claro que, para Luis Jaime, la casa debe estar en permanente movimiento y crecimiento; nada de quietud. Esto porque la Universidad es "una institución que tiene como arma el conocimiento y estudia las distintas maneras con que sus servicios pueden servir a la cristalizar cuanto proyecto se ofrezca para el porvenir"¹, razonaba hace poco.

Para mirar el porvenir hay que investigar y estudiar, curándose de las modas, de lo efímero y banal que ningún beneficio traen al progreso del conocimiento ni a la formación. "La universidad es la casa donde aprendemos a averiguar, analizar, ensayar, discutir, cuantas soluciones se ofrecen como fruto del estudio"², y, añadía, "estamos en la hora de continuar la búsqueda y perfeccionar la investigación para enriquecer, rectificar y perfeccionar lo conquistado. Reducirla a impartir enseñanza de lo sabido es denigrarla, empobrecerla"³. Nada más cierto, Luis Jaime. Esta Universidad es una comunidad en búsqueda permanente de la verdad. Por eso se investiga y por eso la vocación universitaria es una vocación por la libertad y por una vida intelectual practicada con seriedad y rigor. Y en esa vida, los jóvenes, los estudiantes, a quienes debemos formar, no instruir, deben ser escuchados y acompañados durante un proceso que es personal y que no admite recetas ni imposiciones. Luis Jaime lo hizo con cientos de muchachos que tocaron su puerta. Yo fui uno de ellos.

"Soy filólogo y profesor", afirmaba sereno y feliz. Luis Jaime filólogo. Luis Jaime maestro. Dos vocaciones que supo integrar y practicar en el aula y fuera de ella, lugares donde ganaba tiempo y energía oyendo a sus estudiantes. La filología exige buen oído, como el médico. Sólo que el filólogo debe oír textos, palabras escritas sobre hojas de papel. Oye por medio de la vista, hilando fuentes, contextos, distinguiendo estilos, recuperando biografías, reminiscencias históricas, ecos, atendiendo al vocabulario, a las construcciones sintácticas y a todo cuanto permita aproximarse al sentido del texto. El filólogo hace de la lectura un ejercicio de escucha. Leer no es el simple pasar los ojos sobre letras alineadas, razonaba Cisneros; es un acto de inteligencia, de libertad y de creatividad. El texto compromete al filólogo con un mundo que debe recuperar para entender lo que ve. El propósito es ese: entender, explicar, ampliar el conocimiento sobre el hombre en su complejidad de ser vivo, creador, inteligente y social. Por eso, la filología no ha pretendido jamás elaborar un procedimiento jerarquizado que permita aspirar a una solución definitiva; tampoco ha buscado crear un marco

teórico definitivo, la mayor de las veces meras especulaciones o ideologías encubiertas. La filología recupera y asume la duda y el asombro como actitud crítica que fomenta la investigación. Se investiga porque hay una duda; la verdad es siempre huidiza. Así se entiende que la filología implique un amor por el lenguaje y por la obra literaria, por los detalles, por saberes de distintos orígenes, que alimentan el gozo de una creación humana: un texto.

Y un texto es un acto verbal. Luis Jaime lo dijo y repitió cientos de veces en clase y fuera de ella. Hablar es también crear un texto con sonidos. El filólogo Cisneros se acercaba así a quienes tocamos su puerta en busca de consejo y refugio. Con él, hablábamos. Palabras y más palabras. Luis Jaime escuchaba, acompañaba y dejaba que cada quien descubriera el sentido de lo que traía dentro. No había imposición. Había descubrimiento personal, no recetas. Era la filología encarnada en un maestro. Ciertamente, era una actitud pedagógica que aceptaba la complejidad y la pluralidad que llevamos con nosotros y que, sin remilgos, entendió Luis Jaime como el espacio en el que se forma y desarrolla la persona. A ello dedicó su vida. Recordemos que Erasmo siempre incluyó al otro en su imagen del mundo; también, lo hizo, Luis Jaime. Y tengamos presente las filiaciones intelectuales que unen a hombres que oímos citar en su boca: Croce, Vossler, Saussure, Spitzer, Menéndez Pidal, Alonso, Coseriu; todos hermanados en el interés de saber algo más del hombre hablante, del hombre creador, autor de textos literarios y no literarios; y, todos por cierto, hermanados en su oposición al positivismo y a cualquier propuesta que ignore, en su epistemología y en sus métodos, la diversidad cultural y el azaroso y complejo mundo subjetivo de los seres humanos.

Esa manera de entender la educación no goza hoy de mucha tribuna, ni despierta el entusiasmo de los responsables en el Estado. Ese modo de educar exige más trabajo y mejor formación académica y cultural. En la actualidad, antes que la persona, está el éxito económico. Antes que lo pedagógico, está lo administrativo. Luis Jaime tuvo claridad en torno a que no habrá mejor educación sin humanidades y no cedió frente a las modas que, bajo el ribete de la modernidad, postergan a la persona, olvidan el significado de desarrollo humano, banalizan el conocimiento o rezuman ideologías. Luis Jaime dejó una huella que nos toca hacer indeleble; sólo entonces habremos sido coherentes cuando decimos que lo admiramos y queremos. Para empezar, preguntémosnos qué Universidad necesitamos en el país, como centro de formación, no como negocio. Ese sería un gran homenaje al maestro Cisneros.

Era desde esa preocupación por los jóvenes que Luis Jaime expresa su rabietilla, su resistencia, ante un presente que, al decir de Elliot, hiela el sentido y olvida el móvil de los actos. Pregunta Cisneros:

1 CISNEROS, Luis Jaime – "Universidad, Cantidad y Calidad" [en línea] en Diario La República (WEB). Publicación: 25/10/2009. Consulta: 05/08/2011. <http://www.larepublica.pe/25-10-2009/universidad-cantidad-y-calidad>

2 Ibídem

3 Ibídem

¿Piensa (el muchacho) en una profesión que lo haga feliz? ¿O piensa realmente en una carrera que le asegure el éxito? Y este éxito está fundamentalmente relacionado con el poder y el dinero. A pocos les interesa ser feliz [...] La razón es, por fin, todopoderosa [...] Todo lo que anuncie asomos de sentimientos solicita la perplejidad y se muestra como involuntario error [...] Cultivar la vida personal, la rica vida interior, ha dejado de ser, por eso, tarea apreciada por el hombre culto”⁴

Vale la pena retener esas opiniones porque ellas nos devuelven al fundamento de nuestra comunidad universitaria, sobre el que tanto ha escrito Luis Jaime y al que se ha entregado en cuerpo y alma, sin dejar de poner a salvaguarda los espacios de soledad y silencio que reclaman la investigación y la reflexión, pero que en ningún caso lo ha llevado a perder de vista que somos individuos conec-

tados, unidos con otros individuos, en un país, complejo y diverso. “Esta proclamada necesidad de estar mirando al país y vivir sus problemas es el argumento fundamental para postular la necesidad de no apartarnos de las humanidades.”⁵

En efecto, humanidades, hombres, estudio y más estudio. Esos fueron los pilares del magisterio Cisneros. Alcanza a todos, no importa la especialidad, porque su concepción de la Universidad es anterior y más esencial. Atañe a sus fundamentos. Lo cito aquí y cierro con su voz estas líneas:

“Una universidad no es una fábrica de diplomas. Ni siquiera un laboratorio de ilusiones (...) Sus armas son la investigación y el estudio (estudio riguroso e investigación rigurosa). La universidad es la casa donde aprendemos a averiguar, analizar, ensayar, discutir, cuantas soluciones se ofrecen como fruto del estudio [...]”⁶

4 CISNEROS, Luis Jaime – “La Felicidad y la Universidad” [en línea] en Diario La República (WEB). Publicación: 30/09/2007. Consulta: 05/08/2011. <http://www.larepublica.pe/30-09-2007/aula-precaria-la-felicidad-y-la-universidad>

5 Ibidem

6 CISNEROS, Luis Jaime (2009). Loc. Cit.

NOTA DEL DIRECTOR:

El maestro Luis Jaime Cisneros falleció el 20 de enero del 2011. Desde esta humilde publicación le rendimos un pequeño homenaje publicando su más grande legado; su enseñanza:

MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD*

Luis Jaime Cisneros †

En las últimas semanas varias universidades han convocado a ceremonias especiales para inaugurar el año académico. Unas han aprovechado también para despedir a la última promoción de egresados. Ambas ocasiones han servido para enfatizar cuál es realmente la misión de la universidad. En casi todas las ceremonias, se ha enfatizado la responsabilidad de ser ‘formadora de hombres’. Ciertamente esta afirmación no es una alegoría palabrera. No se forma a un hombre convirtiéndolo en receptor de un saber. Lo formamos si logramos desarrollar en él capacidad de aprender; capacidad para hallar soluciones a cada problema nuevo y capacidad de búsqueda, de creación e innovación. No se forma a un hombre convirtiéndolo en especialista. Acertamos en su formación si lo vamos ‘abriendo’ a distintas disciplinas, escrutando horizontes, asegurando de ese modo la posibilidad de que pueda ‘cambiar’ dentro de su profesión.

Hoy no podemos limitarnos a preparar sólo para una profesión, y menos para una determinada especialidad. Solo abriéndonos a las posibilidades de una cultura general asume su carácter formativo una universidad moderna. Tampoco se forma un hombre encerrándolo dentro de rígidos planes científicos o culturales, sin que tales planes incidan sobre el carácter y el sentido social. Cuanto más interdisciplinaria sea hoy una institución de enseñanza superior, más abierta estará a la crítica, a la acción personal y a los juicios valorativos. Cuanta más responsabilidad ofrezca a los estudiantes en su propio desarrollo material o intelectual, tendrá más carácter de universidad, porque será, por fin, una red de integración. Cada vez más, la universidad consiste en una realidad interdisciplinaria. Cada día resulta una red de enseñanza integrada, pero diferenciada. Lo que el alumno llama ‘profesiones diferentes’ son formas diversas de una misma vocación. Toda institución de nivel universitario debe imponer ese criterio si quiere realmente consagrarse a una tarea formativa.

Toda enseñanza superior debe aspirar a un objetivo básico: “asegurar al hombre el más completo desarrollo de su persona, según sus capacidades”. Esto significa que el modo en que esos objetivos se realicen depende exclusivamente de las aptitudes y las aspiraciones de cada alumno. No implica, por cierto, que se busca obtener las mismas capacidades, en la misma medida, en todos los alumnos. Significa reconocer que, aun cuando los objetivos son claros y uniformes, habrá formas distintas de aplicación.

Se nos preguntará por qué decimos esto y ahora. Porque hoy el estudiante no puede ser un mero receptor de conocimientos. No es objeto de instrucción, sino agente; y tiene que estar comprometido con su diseño y ser responsable de la implementación de las estrategias de aprendizaje. No viene a que le demos instrucciones, sino a recibir formación. No nos corresponde imponer conocimientos, sino estimular la curiosidad y avivar el aprendizaje para provocar, de ese modo, el riesgo y la aventura del conocimiento. El conocimiento implica una aventura creadora. Por eso hablamos de ‘formación’. Ahora es cuando debemos comprender que el alumno aprende a convertir toda información en instrumento de formación y de su conocimiento. Sólo así se capacitará para tomar decisiones. Nuestra tarea es ayudarlo a ponerse en condiciones de desarrollar su propio plan de aprendizaje. No es tarea fácil, lo admito. Y menos ahora. Los muchachos vienen de una secundaria endeble poco propicia al estudio y la reflexión. Viven en un mar de oscuras dificultades. Educados para ‘pasar exámenes’, no advierten que la vida profesional a que aspiran está incorporada a esta etapa que se inaugura en la universidad. Es una vida de estudio y de reflexión, porque toda profesión comporta estudio y perfeccionamiento constantes, a fin de estimular el espíritu creador. Este cultivo de la ‘dimensión interior’ es el más rico y fecundo que la universidad ofrece. Hay que aprender a descubrirlo y a cultivarlo: las prácticas; la consulta bibliográfica en libros y revistas especializadas; la organización de grupos de estudio y de debate; los apuntes y la preparación de exámenes no pueden ser desde ahora trámites momentáneos sino operativos que hay que diseñar y con los que hay que vivir comprometidos. Eso es la universidad.

* CISNEROS, Luis Jaime – “Misión de la Universidad” [en línea] en Diario La República (WEB). Publicación: 29/04/2007. Consulta: 05/08/2011.